

CHABRET O EL HOMBRE

Pienso que las bien cortadas plumas que colaboran en este número de la Revista arqueológica saguntina —dedicado todo el a don Antonio Chabret, patrio impar— habrá llegado a la completa disección de sus complejas facetas de arqueólogo, historiador, literato, músico, etcétera, y su personalidad ingente se haora enmarcado dentro de sus líneas colosales.

Por ello yo —en parte, por sentirme flaco de fuerzas para una faceta científica; en parte, por considerar que el elemento básico de Chabret es el *hombre íntegro*, es decir, en su espiritualidad principalmente— intento dar un leve bosquejo del hombre elevado a un orden trascendente, por cristiano y por humano: una amplia humanidad que abarca todas las dimensiones y centra todos los puntos cardinales de una espiritual cuantidad y geometría.

Al querer loar las virtudes del insigne cronista patrio, en una reciente oración fúnebre —que estimo uno de los mayores timbres de mi modesta oratoria—, ante la imposibilidad de enumerarlas, me preguntaba yo (y no era la interrogación figura retórica o patética: «¿Y qué virtudes no tuvo don Antonio Chabret?») Y en la contestación aseverativa a esta pregunta encontraba y encuentro yo la razón primera y potísima, la causa eficiente y la dínamo espiritual que se irradió en tanta y tan varia realidad de sus logros científicos, artísticos y cívicos. Porque en don Antonio Chabret se guardó la armonía de las formas y la jerarquía de los valores; porque en él triunfaron como base las virtudes teológicas, una fe viva, una esperanza de ilusión —como de soñador— y una caridad que se levantó sobre altruismos laicos y sensibilidades históricas: una caridad que sublimó en sacerdocio su cualidad de médico.

Y, asentadas en las teologías, fulgieron las virtudes morales, esas virtudes, en su constitución humanas, y en su sublimación también teológicas: fortaleza y justicia, templanza y prudencia: esas realidades ardorosas y dulces que son la

Por José Zahonero

estela del paso de las almas luminosas y son el «buen olor» de una Religión, no cacareada, sino practicada.

Por lo que yo sé de testigos de su vida, por lo que oí de mi padre, por lo que es voz del pueblo, lo que más valía en Chabret era *el hombre*; sin ese *hombre* —como Dios, sin hacer el hombre, no pudiera infundirle su espíritu— no habría un médico paterno, un investigador infatigable, un trabajador sin descanso, un artista con ideales sublimes, un ciudadano ejemplar, un cabeza de familia modelo, un saguntino ciento por ciento, claro espejo de varones y molde en que deberán vaciarse tantas vidas de saguntinos y españoles, que hemos escogido el camino fácil, pero efímero, de la comodidad, de la frivolidad y del olvido de nuestros deberes para con Dios, para con la Patria y para con los prójimos.

Me gusta Chabret en todo, pero admiro al Hombre; así, con mayúscula: como fueron su obra científica y su obra mejor: su vida ejemplar.

UNA LAGRIMA. . .

Viene de la pag. 15

nio, pues eran dos almas gemelas, concibieron la venturosa idea de hacer algo eficaz para los enfermos pobres de la localidad, sufragar los gastos de todos los necesitados, abasteciéndoles de medicamentos, alimentos y cuanto necesitaban, durante muchísimos años.

Como los dos eran católicos militantes fervorosos, no es de extrañar que al tomar tan bendito acuerdo, lo hicieran con la obligación de mantenerlo en el más absoluto secreto. Bien sabían que la mejor manera de practicar la caridad era en el silencio. De manera que los beneficiarios, veían cubiertas sus necesidades sin saber de dónde procedía tan humanitaria acción.

Dios quiera que desde el Cielo perdoner tan excelsas almas mi revelación del secreto

PEDRO MARTIN PALLARÉS
ABOGADO